

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: Amados los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º dcha.

Desde esta fecha, toda la correspondencia del periódico y particular, a nuestro nuevo domicilio: Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º, derecha.

La muerte de Riego

Es la hora de la muerte, la hora de la verdad; nunca la claridad es tan viva, la enseñanza tan importante, ni resuena tan vigorosa la voz de nuestra conciencia, como en aquella hora suprema en que cesa el bullicio de las pasiones, cesa el ruido del tiempo, y se comienza a escuchar, entre congajas y sobresaltos, el eco de la eternidad.

Es fácil que las pasiones humanas aparten al hombre, durante su vida, de la consideración de su último fin, y que siembren en su alma las sombras, la duda, el error y el vicio; pero el soplo de la muerte viene a disipar esas nubes que ocultan el cielo, y entonces el humano corazón que nació para Dios, se agita y conmueve profundamente a la vista de su próximo e irrevocable destino. ¿Qué significan esos cambios radicales de ideas y de sentimientos que observamos en casi todos los impíos y librepensadores, cuando se hallan frente a frente de la eternidad? ¡Felices aquellos sobre los cuales desciende en tales circunstancias la gracia de lo alto para purificar sus conciencias, y atraer su espíritu hacia la verdad inmutable y eterna que ha de salvarlos!

Sugiérense estas observaciones al recuerdo de uno de esos hechos prodigiosos del orden sobrenatural, una de esas maravillas de la gracia que tanto aliento y consuelo derraman en el alma, porque nos muestran el inagotable tesoro de la misericordia divina.

La narración es tan verídica, cuanto prodigioso y desconocido el caso. ¿Qué español no escuchó el nombre del infortunado general don Rafael del Riego? ¿Quién no oyó repetidas veces las notas de su himno revolucionario, que recuerda fechas muy tristes y días de luto para la patria? Pues bien: a ese hombre tan tristemente célebre nos referimos en estas líneas.

El día 1.º de enero de 1820, don Rafael del Riego proclamaba en Cabezas de San Juan la Constitución del año 1812, que fué el año más sangriento de los ultrajes hechos a los sacrificios del pueblo español y a la sangre derramada para rechazar el derecho de la fuerza, el derecho del libertinaje y el derecho de la impiedad aclamados y difun-

didos por la revolución francesa. Tres años más tarde, el mismo general era destinado por el Gobierno constitucional para defender contra los realistas la bandera que antes había tremolado; pero quiso su buena o mala suerte que fuera derrotado en la acción de las Arenas, preso en la fuga por unos pastores de la torre de Pedro Gil, en Sierra Morena, y conducido a la cárcel de la Carolina el 15 de setiembre, desde donde se le trasladó a Madrid.

Juzgado y sentenciado a garrote vil, el infeliz Riego vió desvanecidas todas sus ilusiones y disipados todos sus engaños; pensó en la otra vida, y este pensamiento evocó a su memoria consoladores recuerdos, ideas que jamás debiera haber olvidado. Puesto en capilla, su corazón tembló, no tanto por el miedo de su próxima ejecución, cuanto por la estrecha cuenta que había de dar a su Dios de todos los males que había causado. Quiso reconciliarse con el Señor, y al efecto manifestó deseos de que fuese a confesarle un Padre dominico del colegio de Santo Tomás, de Madrid, «y si puede ser, añadió, quiero que sea de Asturias».

Los Padres Dominicos llenáronse de consuelo al ver que una alma atribulada buscaba en Dios la reparación de tantos extravíos, y al momento salió para la capilla el P. Maestro San Vicente, a fin de volver el sosiego, la paz y el perdón al espíritu del afligido general.

Imposible se hace describir la conmovedora escena que tuvo lugar entre el Padre espiritual y el hijo pródigo que volvía lleno de tristezas y desengaños a cobijarse bajo el techo paterno. Postróse Riego a los pies del P. San Vicente, y confesó todas sus culpas con tanta sinceridad, angustia y dolor, que el Padre, conmovido, rompió a llorar y le dijo: «Dime, hijo mío, ¿qué has hecho para merecer este favor singular del cielo? ¿qué gracia tan extraordinaria es esta que así mueve tu corazón?»

Entonces Riego contestó con las siguientes palabras: «Padre, mi vida entera es un tejido de iniquidades; no registro en mi conciencia cosa alguna acreedora a tanto beneficio como Dios me hace; pero si a obra alguna mía debo atribuir el que Dios se compadezca de mi alma, ésta solo recuerdo: cuando niño, mi santa madre me llevaba todos los días a la capilla del Rosario de la iglesia de Santo Domingo, en Oviedo, y allí de rodillas, rezábamos juntos el rosario de la Virgen. Murió mi querida madre, y desde entonces, bien sea como recuerdo de ca-

riño a la autora de mis días, bien como reto de devoción a la santísima Virgen, jamás dejé un solo día de rezar el santo rosario».

—Basta, hijo mío, basta, exclamó enterrecido el confesor, estrechando a Riego entre sus brazos. La Virgen te ha salvado. ¡Oh! dale gracias y ten ánimo. Esta conversión es una prenda de tu felicidad eterna. No temas dejar el mundo engañoso; un momento de prueba, un momento de expiación, y la Virgen te unirá a tu piadosa madre en el paraíso».

Al otro día el general Riego marchaba al cadalso. Sereno, resignado y buscando fuerzas en la cruz de Jesucristo, en la cual procuraba apoyarse, subió las gradas del patíbulo. Sentado en el banquillo fatal, pidió el crucifijo, le estrechó contra su corazón, le devolvió al P. San Vicente, a quien entregó asimismo su pañuelo, como recuerdo.

Un instante después la justicia humana cumplía su obra, y la Misericordia divina terminaba la suya, recibiendo en su seno el alma del infortunado general.

Huelga todo comentario a esta historia tan instructiva y edificante. Los lectores podrán hacerlos por sí mismos, y todos se consolarán al ver tan patente la providencia y la misericordia sin límites de María para con los devotos del santo rosario.

En la excelente obra Historia eclesiástica, del P. Rivas, O. P., tomo 3.º, página 386, nota, se lee: «El general Riego murió ahorcado en la plazuela de la Cebada, de Madrid, el día 7 de noviembre de 1823. Para entrar en capilla pidió un confesor dominico del convento de Santo Tomás. Nosotros conocimos en nuestros años juveniles a este santo religioso, el cual hablaba con la mayor confianza de la salvación de Riego, atendida la edificante y cristiana muerte que tuvo. El que escribe estas líneas oyó contar en varias ocasiones al P. Rivas la precedente escena».

P.

POR MI PRENSA

¿Soy cristiano?

¡Claro que sí!

Entonces profesó el credo de la santa Iglesia Romana, sigo sus enseñanzas, acato sus mandatos.

¡Claro que sí!

Y la obedezco en sus deseos relativos a la Prensa...

¡Sí, sí, también!

Y pues ella lo quiere—y por mi bien

lo quiere—tengo declarado el más irreductible boycott a la otra prensa, a la cínica, a la blasfema, a la procaz, a la hipócrita, a la sometida al becerro de oro, a la estimulante de las bajas pasiones, a la que no es la mía, en fin.

¿Que cuál es la mía?

La que me eleva, la que me dignifica, la que me impulsa al bien, la que me señala los caminos de la verdad y de la justicia, la que me lleva insensiblemente, suavemente, día tras día, hacia la plena realización de mi ideal social y religioso...

¿Tendré que nombrarla? ¿Será preciso el indicar aquí los títulos de todos los periódicos católicos, el señalar la cabecera de mi diario predilecto?

Es mi amigo, es mi confidente, es mi maestro, es mi censor, es mi informador, es mi indispensable...

Suprimidlo, y ya no yo, sino un sector inmenso de acción, de virtualidad, de verdadero progreso, se resentirá enormemente de su falta.

Mejoradlo y propagadlo, y todas las manifestaciones de la vida se ennoblecerán y la opinión pública irá siendo ganada para las nobles causas.

¡Oh, poderosa palanca de la Prensa! ¡Oh, sublime y salvador apostolado de la Prensa!

Por la salvación y el triunfo de ésta oraré, pediré a Dios para que la bendiga, para que la haga mejor en todo, para que le conceda los más denodados y excelentes periodistas, para que le mantenga en las avanzadas de la fe y en los heroísmos de la lucha, para que el dueño de las mieses envíe más y más operarios a este campo de tan valiente facultad... Y oraré con empeño, con tenacidad, con constancia, con el convencimiento de que la plegaria es lo más esencial, lo más eficaz que por mi Prensa puedo hacer.

Pero, a Dios rogando y con el mazo dando.

Mazo de propaganda, mazo de incondicional adhesión, mazo de oro.

Dinero, dinero y dinero dado a mi diario querido con largueza, con efusión, sin condiciones, sin inoportunas exigencias.

Dinero que será mi suscripción y otras que lleve; y un anuncio y una esquila; y la cláusula acertadísima de un testamento; y el donativo extraordinario; y el amigo ganado y la noticia enviada, y la advertencia hecha. Todo, todo ofrecido con amor y con interés redundará en prosperidad y en éxito para esta gran cruzada de los modernos tiempos.

¿Soy cristiano?

Porque lo soy, oraré por mi Prensa con más intensidad el día de la Buena Prensa, y al dar para ella mi óbolo—¡ojala pudiera ser espléndido!—le renovaré mi adhesión incontrastable.

J. LE BRUN.

.....
El Gobierno provisional del Brasil publica un interesante decreto en favor de la enseñanza religiosa, proclamando que la educación laica ha dado en todos los países deplorables resultados.

HIERRO CANDENTE

Ya sé que te ha marcado la calumnia
Con estigma sangriento,
Cual se marcan los lomos de un caballo
Con una plancha enrojecida al fuego.

Que la llave de muchos corazones
Has perdido por ello;
Y que, al verte a su puerta, le han echado
Doble candado al corazón por dentro.

Que son ya torvas las miradas dulces
De tus amigos tiernos...

Que si te vas... murmuran al oído;
Y si vienes... se miran en silencio.

Ya lo sé; te ha marcado la calumnia
Con estigma sangriento,
Cual se marcan los lomos de un caballo
Con una plancha enrojecida al fuego.



En el bosque ví ayer, cuando pasaba,
Un roble corpulento;
Y dos hombres, al uno y otro lado
De aquel árbol sentados en el suelo.

Una sierra apoyaron en el tronco,
Y, con vaivén ligero,
Pasó de un lado al otro, con presura,
Y a tierra vino, con fragor, el leño.

Pensé en tí; tan frondoso como el roble
Te ví yo en otro tiempo;
La calumnia... serrucho de buen diente,
Cortó a raíz tu tronco corpulento.

Mas quiero yo, que el corazón herido
Levantes hoy al cielo...
¿No has visto tú, junto al segado tronco,
Brotar después magníficos renuevos...?

RAFAEL LETURIA, S. J.

TODOS GRANDES

Las pretensiones humanas llegaron en cierta ocasión a tal extremo de tontería, que San Pedro, lugarteniente del Señor, cansado de negar a los hombres lo que le pedían, pensó que mejor era concedérselo todo para que aprendieran sociología práctica de una vez, y escarmentados en propia cabeza, no le molieran tanto con sus exigencias.

Discurriendo estaba el santo sobre estos asuntos, cuando se le presentó una comisión de cesantes.

—¿Qué queréis?

—Justicia.

—¿Pero a qué llamáis justicia?

—A que nos hagan ministros.

—Concedido.

Detrás de aquella se presentó una comisión de comerciantes.

—¿Qué queréis?

—Ser millonarios.

—Concedido.

No había acabado de deceir esto cuando, mochila al hombro se presentó un grupo de soldados.

—Y vosotros, ¿qué buscáis?

—Ser generales.

—Pues generales todos, y vengan más.

Y vino enseguida otro grupo de artistas, a los que en el acto les fué otorgado el oro a raudales y el laurel a espuertas.

Y una comisión de gomosos que pidió ocupar los primeros puestos de la nación, y le fué otorgado.

Y otra de vagos que pidió el monopolio de la industria, y le fué concedido.

Y otra de mendigos de oficio que pidió el reparto de la propiedad territorial, y lo obtuvo inmediatamente.

Y hasta una comisión de bomberos, que pidió un incendio general del universo para adquirir pronto honra y provecho, a la cual contestó San Pedro que tuviesen un poco de paciencia, que no tardaría muchos días en arder Troya, y entonces verían cumplidos sus deseos.

Y en efecto; convencido San Pedro de las barbaridades que acababan de pedir y obtener todos los hijos de Adán, y frotándose las manos al pensar lo bien vengada que iba a quedar la Divina Providencia y lo bien enseñados que iban a resultar los mentecatos que abusan de ella, se encaramó en un punto de gloria desde donde se divisaba el globo terráqueo y sus arrabales, y esperó el efecto de las concesiones hechas.

¡Dios sea bendito, lo qué desde allí presenció!

Por de pronto la alegría fué general, y el mundo pareció convertirse en una jaula de locos. Vítores, aclamaciones, músicas, jolgorios, banquete tras banquete, felicitación sobre felicitación: la tierra representaba un día de fiesta en Jauja; pero como las ciudades de nuestro planeta no tienen las paredes de turrón, ni los árboles dan panecillos, ni los ríos son de aceite, en cuanto se acabó el de la última cosecha y se agotó la harina del último amasijo, la sociedad entera, compuesta de ministros, generales, banqueros, millonarios y artistas de genio, se encontró en el sensible apuro de no poder tomar una jicara de chocolate.

Ciertamente que los grandes industriales, con sus poderosas máquinas, podían elaborarla; pero, ¿habían de descender desde las cumbres de su elevada posición para limpiar el cacao, llevarlo al horno, etc., etc.?

Ciertamente que los terratenientes, en sus extensas fincas podían sembrar trigo candeal; pero, ¿habían de abandonar los gabinetes de sus palacios y arremangarse las bordadas batas para sembrar la semilla, envolverla en la tierra, regarla, etc., etc.?

—General—decía un barrigudo almacénista de coloniales al por mayor, dirigiéndose a un encopetado mariscal de campo,—¿me hace el favor de cortarme los callos, porque falto de dependientes y rendido de haber pasado la noche espantando las ratas de mis almacenes, no puedo tenerme en pie?

—Se los cortaré a usted a condición de que me regale dos onzas de salchichas para desayunarme, porque hace veinte horas que no pruebo bocado por no tener quien me haga un huevo frito.

—Pero, es que a usted aún le quedan sartenes? Porque a mí se me rompieron las que tenía, y al encargar otras al maestro sartenero, hoy director de Obras públicas, me mandó a

freir micos a la luna, y en poco no tenemos un disgusto.

—¡Caballero! Usted me ha tomado por otro—gritaba ofendido un zapatero remendón, porque un príncipe de la industria, antes escobero de oficio, le pedía echase un remiendo a las botas para que no se le salieran los dedos de los pies,—yo soy tanto como usted, por no decir más, y no consiento que me insulte creyéndome capaz de descender hasta la humillación de llenarme las manos de cerote.

—Pues, amigo mío, si usted no me remienda las botas, yo no le regalaré un par de pantalones nuevos que tengo en mi casa de sobra, y tendrá que ir enseñando los calzoncillos que heredó de nuestro padre Adán, y que por cierto se le ven a usted por todas partes.

Y así era, en efecto, porque el remendón, elevado repentinamente a la categoría de artista sublime, iba ya medio en cueros a consecuencia de no encontrar entre sus convecinos, todos gente empingorotada como él, un triste sastre que le amoldase a las piernas un pedazo de tela.

San Pedro oía todas aquellas cosas y esperaba más.

Cuando las primeras necesidades de la vida siguieron vivas y las manos que habían de satisfacerlas quedaron muertas, la conflagración social se echó encima, y estuvo a punto de realizarse el honrado sueño de los bomberos municipales, que habían pedido un incendio universal para coronarse de gloria y llenarse los bolsillos.

Un vocerío inmenso, como de tempestad que se aproxima, dió a conocer a San Pedro que había llegado la hora de la batalla social más grande que presenciaron los siglos.

No fué necesario que un nuevo Josué parase el Sol para que la victoria se decidiera el mismo día; porque antes de hacerse de noche los más fuertes se habían encaramado sobre los más flojos, los más grandes sobre los más pequeños, y como quiera que tanto unos como otros habían sustituido las leyes de la justicia por las de la fuerza, los que cayeron debajo recibieron acto continuo una mordaza y un grillete de buen hierro para que no volvieran a rebullir jamás.

El desenlace y resultado final fué el restablecimiento de la antigua esclavitud...

A. CLAVARANA

Así tiene que suceder

—A ver qué me dice usted, amigo mío, de este juicio que me he formado sobre el estado de los hombres y de nuestra sociedad.

—¿Y qué juicio te has formado?

—Que los hombres están locos, y que el mundo es un inmenso manicomio, o una jaula de grillos donde nadie se entiende.

—Algo extremado me parece tu juicio; siempre pecas por ese lado.

—Menos ahora, que si peco, es por quedarme corto.

—Pero, ¿es que aún te parece poco duro el calificativo de locos?

—Y tan poco como me parece.

—Entonces no sé qué más puedes añadir.

—Pues se lo diré para que lo sepa, y para que no me quede en el buche, no sea que me haga daño. Yo creo que todos los demonios del infierno se han escapado de allí, sin quedar uno siquiera, y se han venido por aquí de vacaciones; y como donde quiera que estén siempre serán lo que son, enemigos del orden, de la paz y del bien, y llevan auestas el infierno, de ahí que, al meterse en casa, como quien dice, han convertido esto en un infierno verdadero, en el que es difícil distinguir quiénes son más diablos, si los hombres o ellos.

—Pero, hombre, ¿en qué te fundas para decir eso?

—¿En qué me he de fundar? ¿No lee usted como yo la prensa?

—Sí.

—Pues entonces me extraña que me haga esa pregunta.

—Tú dirás por qué.

—Muy sencillo; porque todos los días nos habla del descontento general que se advierte en todas partes, entre todas las clases de la sociedad; todo son huelgas, manifestaciones, mitines, amenazas de obreros contra patronos y de patronos contra obreros; se predica contra el orden, la autoridad, la propiedad; se incita al crimen, al robo, al asesinato; se provocan revoluciones, resultando después de todo, que todos quieren mandar y ninguno obedecer; que todos se creen con derecho y ninguno con obligaciones; que todos quieren ser ricos y ninguno pobre; y para decirlo de una vez, que todos quieren comer y ninguno trabajar. Esto es, un campo de Agramante, una Babel, una confusión, un infierno. Dígame ahora si tengo o no tengo razón para decir que los hombres están locos y que esto es un infierno.

—No puedo negartela, pero, ¿sabes de dónde proviene todo eso, o cuál es la causa?

—¿Y quién lo sabe? porque la verdad es que todos dicen que tienen la razón.

—Pues mira, la verdadera causa consiste en la guerra que los hombres han declarado a Dios. No quieren que Dios impere en el mundo; y al pretender arrojarle de él van al mismo tiempo contra todo lo que El representa, que es la autoridad, el orden, la paz, en una palabra, todos los bienes. Por eso, mientras los hombres no vuelvan a reconocer la necesidad que tenemos y el derecho que tiene Dios de informar nuestras leyes, nuestras obras, costumbres, vidas, etc.; o más claro: en tanto que Dios no reine en el mundo, todo será anarquía, confusión y desorden. Esto es lo que nos enseña la historia, la experiencia, la filosofía y la lógica. No hay que forjarse ilusiones; así ha sucedido siempre, y así tiene que suceder.

Alonso

Hasta las bestias más feroces dan ejemplo de gratitud a los hombres

En tiempo de Apio, emperador de Roma, era ya costumbre la bárbara diversión de las luchas de fieras con hombres condenados por algún delito. Una de las más feroces, era un león de enorme tamaño que inspiraba admiración y terror.

Paróse de pronto el león frente a uno de los infelices que habían sido destinados a aquel terrible animal, y despojándose de su fiereza, se le acercó con cierto aire de dulzura y le lamió cariñosamente las manos y las piernas.

El hombre, repuesto de su espanto, comenzó a su vez a acariciar al león, y parecía aquel extraño grupo el de dos amigos que se encuentran un día tras larga y triste separación.

Causó tal sorpresa y admiración el hecho y tales aplausos resonaron en el anchuroso circo, que el mismo emperador mandó llamar al hombre y le preguntó con la mayor curiosidad de qué encantos se había valido para amansar así a aquella terrible fiera.

—Soy, le respondió, un esclavo, y me llamo Androclo. Cuando mi amo era próconsul de Africa, me trataba con sumo rigor y crueldad, y determiné escaparme. Huí, pues, y para librarme de su persecución, tuve que internarme en el desierto de Sibia, y abrasado por los rayos del sol, descubrí una gruta, y apenas penetre en ella entró dando grandes quejidos un león, que se acercó a mí, no con feroz aspecto, sino como implorando socorro, levantando su mano herida para enseñármela. Tenía en ella una espina muy grande que le saqué, y viendo que se estaba quieto, le curé la herida hasta que se cicatrizó. Tres años he vivido con él en la misma gruta, alimentándome de su misma caza, y al separarme de él fui preso y condenado a muerte; más cuando la esperaba con terror, me ha reconocido el mismo león y me ha acariciado, dando un testimonio de gratitud, que ojalá sirva de ejemplo a los hombres.

¡Cuántos de los que en estos tiempos insultan a las órdenes religiosas tienen mucho que agradecerles: su tranquilidad, su salud, su empleo, el pan de sus hijos y hasta su prestigio social!

Pero la cobardía les cierra sus labios al agradecimiento y se los abre al insulto.

Son más agradecidas las fieras, como acabais de ver un ejemplo, que muchísimos hombres.

No hace muchos días, en uno de los tranvías que venían del Natahoyo, nos referimos a Gijón, vociferaban unos cuantos obreros contra los jesuitas y al que más se destacaba en su lenguaje inculto y calumniador, otro de sus compañeros le soltó esta pulla que no tuvo contestación del aludido: «Pues tú debes el cargo a la recomendación del Padre ese que acabas de insultar».

Y vaya otro caso entre miles que pudieran aducirse. Nos lo refiere desde Mieres don José Alvarez:

Unos cuantos mozalbetes intentaron asaltar el Colegio de Santiago Apóstol, dirigido por los hermanos de la Doctrina Cristiana, rompiendo gran número de cristales y bombillas; pues bien, estos jóvenes habían recibido en el citado Colegio enseñanza gratuita. Haciendo ver a uno de estos ingratos

lo repugnante de su acción, decíale así quien nos refiere el caso: «Tú recibiste enseñanza en estas escuelas y en ellas tenías un lugar para enseñar a tu hermano pequeño; si hubieseis conseguido el atropello que premeditasteis, ¿a dónde iría tu hermanito ahora y tantos hijos de obreros como en este Colegio se educan? Ni aún agradecidos os mostrais con los que por vosotros de verdad se sacrifican y os enseñan a ganar honradamente la vida».

Este caso es el de la mayor parte de los salteadores de conventos, de sus incendiarios, de sus calumniadores.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

De los señores testamentarios de nuestra apreciada suscriptora doña Filomena Cuervo (q. e. p. d.), hemos recibido para esta propaganda 50 pesetas. Dios lo recompense a todos.

El corresponsal diplomático del «Daily Express», asegura que los soviets han gastado cien millones de pesetas en la revolución española.

+

SEGUNDO ANIVERSARIO
DE LA SEÑORA

Doña Angelita González-Solar y Faes, de Suárez
que falleció en Gijón el día 6 de Junio de 1929
habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad
R. I. P.

Su viudo don Guillermo Suárez Sánchez, hijos y demás familia,
Suplican a todos sus amigos y a los lectores de «Religión y Patria», encomienden a Dios Nuestro Señor el alma de la finada.

Hay concedidas indulgencias en la forma acostumbrada.

RELOJERIA Y PLATERIA
DE

Melchor Osorio

Treinta y un años de éxito creciente, es suficiente garantía de la competencia con que se realizan cuantos trabajos se le confíen :- Venta de todos los artículos del ramo, sin competencia. :- Compra de oro, platino y brillantes; pago todo su valor.

Pi y Margall, 13 :- GIJON

Agendas y Dietarios
Calendarios de Bufete
Estampería
Libros de Devoción

Librería Palacios

Corrida, 13 Gijón

OBRAS TEATRALES
(De propaganda social)

El Anarquista..... 1 peseta.
Mitin socialista..... 1 »
Jauja..... 1 »
El Señorito..... 1 »
El Requeté..... 1 »

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Honorio Manso Médico-Dentista

Corrida, 24, 2.º (esquina a la del Carmen)
GIJÓN

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica
: Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 y de 4 a 6 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 797 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

LUIS BASURTO
QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido
LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

— GIJON —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf.1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.
Fundición de bronce y hierro.
Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJON :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIÓ :: GIJON

TOS



ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31
GIJON

C. Teléfono 312

Doctor Calisto de Rato y Rocas

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y cuatro años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde
Corrida, 63 — Teléf. 490. GIJON